

María Silva Ossa

Universo

(De su próximo libro «Vida
y Muerte del Día»).



LAS tinieblas abrieron sobre el cielo
sus alas de metales infantiles,
y en el vientre vacío de la tierra
encendió el viento su hornacina,
batiendo solitario entre los siglos
su palma de bautista.

Apisonando esfera sobre esfera,
costra tras costra, vegetación extraña;
sal caída en rocío peregrino
sobre el filamento de la cal esclava.
Irguió su contorno tremolante,
espejo casto, en que el mar se mira,
extrañado de verse, esbelto y frágil,
hijo constante de la azul neblina.

Y en la taza del cielo, leche eterna
de hembra aprisionada entre los soles,
fluyó anhelante de las ocultas venas,
amamantando el germen de las rosas.
Y elevóse la flor de los corales
sobre el plateado estambre de los peces
y la grávida marea encanecida
realizó el génesis en el ciclón celeste.

Y surgió la vida entre los polos,
y el dorado suspiro de la abeja,
y la garra y el dorso y la palabra
colgaron sus frutos del silencio.

Entonces vino el rojo cataclismo
caminando sin pies por las praderas,
removiendo la estepa subterránea,
vaciando el cobre en su garganta ciega.
Y en un grito supremo el Universo,
salvaje grito de hembra desdoblada,
surgió del mar, chorreando legendario,
verdes medallas y sangrientos valles.

Toda agua a la madre agua va unida;
toda peña hacia el mar su sangre vierte,
de la roca nevada a la nevada ola,
camino eterno del ala hacia los peces.

Cuando en la mente de Dios estuvo unida
su material creación al pensamiento,
la hora escogida y derramada
perfeccionó su fuego en la materia.
Y fué el hombre de ciprés y greda hecho,
regio alfanje y substancias milenarias;
heredero del mar y las colinas,
pedernal que enciende las edades.
Virgen en su pacto con la tierra,
amanecido en un día sin rencores;
condenado a mirar eternamente
con los ojos de Dios, su carne magra
y a beberse la muerte como un vino.